

quiel Ordóñez, D. Carlos F. Landero, D. Carlos Sellerier, D. Juan Fleury, D. Pedro Espejo, D. Alberto Hoppenstedt, cuya muerte acabo de saber con amargura; D. Agustín Aragón, D. Eduardo Martínez Baca, Jefe de la Sección de Minas del Ministerio de Fomento; D. Manuel Fernández Leal, Director de las Casas de Moneda, y D. Leandro Fernández, Ministro de Fomento. Y entro de lleno en este incorrecto trabajo confuso, en la única sección que algún mérito tendrá, el de su anhelada conclusión.

¿Qué produjeron nuestros mineros en la época colonial?

Metales preciosos, sobre todo. En números redondos, según la menor estimación...	\$ 2,100.000,000
¿A qué han llegado en los ochenta años de vida independiente?	Á „ 1,550.000,000
Y de esos diez y seis lustros de independencia, ¿cuál ha sido el resultado de su esfuerzo en los últimos veinticinco años de paz y de trabajo?.....	„ 1,150.000,000
¿Cuál será, pues, con gran probabilidad, el valor del presente que habrán de preparar con todos los productos del subsuelo, en los veinte años que faltan, para ofrecerlo á la República en 1921, en su primer centenario?.....	„ 3,000.000,000

Eso y mucho más harán nuestros mineros; que la temperatura del horno de la Minería mexicana, lentamente caldeado por el trabajo y por la ciencia de tantos años, ha llegado ya al blanco deslumbrante, y en raudal continuo, poderoso y creciente, saldrán para fecundarlo todo las riquezas inagotables de nuestro subsuelo, que son las que principalmente habrán de poner á gran altura la prosperidad material de la República.

#### CONCLUSIÓN.

Con las ideas y las cifras que acaban de anotarse, queda iniciada la terminación de esta tan imperfecta como angustiosa reseña de la industria minera mexicana,

Imperfecta, por falta de altura para sintetizar, en su autor; angustiosa, porque ha sido necesario bosquejar en pocas páginas, y por lo mismo, por este otro concepto, también mal, materia de suyo tan importante, que habría debido exponerse en tres volúmenes: el de la legislación minera, el de la minería y el de la industria metalúrgica.

No cabe dudar que pronto habrá de acome-



ter la redacción de esa obra, que tanto se necesita, y bien lo merece, alguna inteligencia más elevada, mejor nutrida y de pluma bien templada.

Entretanto, concluyamos lo empezado.

Allá, en aquellos tiempos, si bien se principió con los espejos de obsidiana, las hachas de bronce, los vasos sagrados de tecali (alabastro) y los tejuelos de oro, de los aztecas, fué para llegar, después de trescientos años de vigorosos esfuerzos, á los dos mil millones de plata, al final de la Colonia española.

En los comienzos del último siglo, la blanca figura del bendito Hidalgo, seguido en primera línea por la población de las minas de Guanajuato, asentó en el subsuelo de la Nueva España, si no exclusiva, sí esencialmente minera, el cimiento perdurable de la nacionalidad querida.

Entre aquellos barreteros que le acompañaban y tanto le querían, si bien anémicos muchos de ellos por el trabajo forzado y mal retribuído, había quienes ostentaran, como el legendario "Pípila," que á su cabeza iba, los primeros lineamientos del carácter que hace surgir en los hombres la incesante y peligrosa lucha con las fuerzas de la naturaleza.

Los que han persistido, han heredado y han pulido ese carácter.

En las épocas crueles de la tormenta del incesante bregar, el patriotismo nos enseñó por más de medio siglo la virtud de la perseverancia en la conquista de los grandes principios, y, sobre todo, en las guerras, que son las justas y que son las santas, de la defensa del territorio contra la invasión y el dominio de los extranjeros.

Así vigorizáronse un tanto las cualidades del alma nacional, y el coloso del carácter mexicano, el C. Benito Juárez, orientado desde su juventud por la contemplación del espectáculo sugestivo, educador, del batallar incesante de los mineros de Oaxaca, hizo resplandecer ante nuestros ojos, ya no con la luz de un faro, sino con la de la estrella polar, la célebre sentencia: "El respeto al derecho ajeno es la paz."

Otro hombre; que pasó también muchos años de su vida entre los mineros, los famosos guanajuatenses, el filósofo Barreda, colocó hace treinta y tres años sobre la unidad de la enseñanza científica, la base incommovible del criterio de la juventud mexicana: "Orden, observación, experiencia."



Los últimos veinticinco años nos han demostrado que la tranquila ingeniosa laboriosidad es la base por excelencia, la única firme, en que pueden fundarse los progresos materiales, que son los que nos permiten tener la voluntad dirigida hacia la independencia y la libertad económicas.

Y la personalidad que, con su máxima educadora, "el trabajo regenera á los individuos, á los pueblos y á la humanidad entera," nos impulsó y nos ha guiado en esta época, el ciudadano General Porfirio Díaz, nació, creció y por muchos años vivió entre los mineros de Oaxaca. De él han podido decir, al pisar nuestra frontera, los Delegados extranjeros al Congreso Pan-Americano, reunido en la capital de nuestro país, que "el adelanto que simboliza, no sólo es motivo de satisfacción para los mexicanos, sino de gran complacencia para todos los ibero-americanos."

En los ochenta años de nuestra vida independiente, cincuenta y cinco de luchas y veinticinco de paz, la producción de nuestras minas ha excedido del 75 por 100 del gran total á que llegó la Colonia española al cabo de tres siglos, demostrándose así, una vez más, cuán benéfica es para el progreso económico la in-

dependencia política de los pueblos; y de la suma producida en los diez y seis lustros de la emancipación, casi el 80 por 100 ha sido alcanzado en estos últimos veinte años de paz, de libertad, de seguridades y de ciencia.

El esfuerzo independiente ha sido, pues, casi tres veces superior al colonial, y con más de tres veces el vigor del primero, se ha manifestado el trabajar tranquilo de las ciencias, aplicadas á la industria en esta época que tan rápidamente nos está impulsando hacia la emancipación económica.

Ricos con este caudal de enseñanzas y pensando con San Agustín que "nada hay tan trabajoso como el no trabajar," hemos de seguir logrando en las artes de la paz, como ya en un cuarto de siglo lo hemos conseguido, mantener siempre vivo, incansable y vigoroso, el gran combate por la prosperidad material de la República.

Cierto es que no ha llegado aún entre nosotros el sentido ático á todo el conveniente desarrollo, pero en cada año que pasa, al dogmatismo de nuestros mayores, acérrimo defensor de las ideas cristalizadas en aquellas borrosas lontananzas idas, va sucediendo con aceleración perceptible, el amplio y fecundo



principio de la tolerancia científica y liberal. Y ésta, que recibe con serenidad las más opuestas doctrinas, y las coloca suavemente en el crisol del examen libre, ve surgir al calor de su profunda meditación, para el mayor bien procomunal, al pensamiento, si no perfecto, sí más útil y más práctico, es decir, el de la ciencia.

Y en cuanto á los desniveles del alma nacional, que son quizás tan característicos en ella, como lo son en nuestro territorio los tres escalones que forman el relieve de su peculiar orografía, ¿no habrá de brillar, por el contraste, más clara y refulgente la luz de las ideas elevadas?

Así como para los productos de nuestras tierras tropicales, templadas y frías, se necesitan y habrán de necesitarse siempre, conocimientos y cuidados especiales y distintos, ¿no habrán de coexistir en la noble tarea de la educación, la moral de las religiones, la oración del arte, que es belleza y es consuelo, y los esplendores de la ciencia, que son belleza, que son verdad y que son moral?

De todas maneras, el progreso ha de ser, y por consiguiente será. Que así como hemos aprendido á utilizar los saltos de agua para

llevar la fuerza, con la electricidad, á los más apartados confines al servicio del fecundante trabajo de la mano y del cerebro, el cual, como dice Smiles, ha sido, es y seguirá siendo el principal factor de la ciencia, de los adelantos y de la civilización del mundo, de igual suerte habremos de lanzar á los repliegues atávicos de las conciencias adormidas, y á los puntos más oscuros de las inteligencias no educadas, á través del prisma de la discusión, límpida y serena, las luces atractivas de la verdad científica y moral.

Y si en todos los pasados tiempos nunca dejó de trabajarse más ó menos, allá, en las profundidades de las galerías del subsuelo, lejos de la verde y plácida campiña, lejos de la vista del cielo azul, lejos del calor vivificante del sol, con más razón habrá de trabajarse ahora, en que al pálido y mal nutrido minero de los primeros tiempos ha llegado á suceder, por lenta y persistente selección, el tipo actual del barretero mexicano, inteligente y activo, emprendedor y sociable, y audaz y generoso.

Alumbrado en su labor de la profundidad por los focos del fluido eléctrico; movidas sus máquinas por el aire comprimido, el vapor ó



la fuerza motriz del siglo nuevo; saneados sus campos de explotación por el aire líquido ó cualquier otro método científico industrial, no sólo no ha de cansarse, sino que riéndose de las angustias y esperanzas del azar, el heroico minero mexicano ya no prestará oídos á la vieja y desacreditada canción de la bonanza. Atento sólo á las indicaciones de la ciencia, luchará con inquebrantable constancia por vencer ó asociarse á la naturaleza, y conseguir que resalten cada vez más, en sus trabajos mineros y metalúrgicos, los sólidos y brillantes caracteres de las industrias grandes.

Aprovechará los sabios consejos y las luces de la experiencia del Congreso internacional de Ingenieros especialistas, que visitó hace poco tiempo nuestras principales negociaciones mineras y metalúrgicas, y si con todos los metales hasta este momento explotados pasó ya la producción de cien millones anuales, y con los productos en general del subsuelo, de ciento cincuenta millones, aún más considerables serán las cifras á que podrán llegar entonces sus esfuerzos.

No trastornarán por cierto, con ellas, al mercado internacional de los valores, dada la enorme magnitud de la producción minera univer-

sal, pero sí demostrarán que saben cumplir con sus deberes morales, de sumisión á la ley bendita del trabajo, de cooperación al adelanto, en lo material, de la sociedad de los hombres.

Y en su puesto estarán todos los demás; que habremos de seguir diferenciando nuestras aptitudes, dividiendo el trabajo, para llegar en todos los órdenes de las labores humanas, al producto especial, bien determinado, con amor concluído y por lo mismo menos imperfecto.

Y en la materia compleja, espinosa y delicada de la depreciación de la plata, hemos de estudiarla con toda prudencia y á fondo, á fin de evitar en el momento oportuno que el estímulo que tan poderoso ha sido y sigue siendo para nuestro adelanto industrial y mercantil, pueda llegar á convertirse en instrumento de perturbación de la sociedad mexicana.

Con ello, y el estudio, en gran parte iniciado ya, científico y liberal de los aranceles y de todos los impuestos, para reducirlos á la cifra estrictamente necesaria, podremos llegar, en breve plazo, sobre la base de la justicia, al gran anhelo, la libertad económica completa.

Así, y con el auge creciente de nuestro cré-



dito financiero en el exterior, del que tan clara muestra fué la conversión de la Deuda mexicana, realizada en Julio de 1899 en Europa, podremos celebrar con satisfacción, en 1910, el glorioso centenario del grito de independencia lanzado en Dolores; y al concluir, en 1921, el primer siglo de nuestra emancipación, los hombres de las minas, aun suponiendo que no crezca la suma anual de los productos del subsuelo respecto de la cuantía á que han llegado en los últimos tiempos, habrán de alcanzar, como resultado de sus esfuerzos en los cuatro primeros lustros de la centuria que va corriendo, el número coloso de tres mil millones de pesos mexicanos.

Y lo que es más, mucho más; para entonces habremos también educado ya, con esmero y amor inagotables, la cualidad más preciada, que al llegar en el siglo actual á la plenitud de su desarrollo, dará fuerza incontrastable á la República: el carácter nacional bien orientado.

Carácter, más carácter, siempre carácter. Tal es la suprema y universal aspiración de la humanidad.

Fuerte, con él y las demás virtudes de sus hijos, nuestro país continuará de par en par

abierto, para todas las inteligencias, todos los esfuerzos, todas las voluntades, que quieran cooperar con nosotros á la buena obra.

Que habremos de realizar, con el trabajo diferenciado según las aptitudes individuales, el amor á la libertad y el respeto al derecho ajeno, como base; el orden, como medio; el arte, la ciencia y la moral, como guía; y como fin, el progreso material, el intelectual y el moral, para llegar al culto de la belleza, de la verdad y de la justicia.

Y así será en su tiempo. "Los sublimes son los obstinados," ha dicho Víctor Hugo. Revoloteando esa máxima, sin cesar, como abeja de oro, luminosa, ante los ojos de las virtuosas madres mexicanas, y de nuestros maestros de escuela, á quienes enalteceremos en este siglo, porque serán cada día más el factor primordial del adelanto, hablarán á los niños de las acciones grandes para que germine el deseo de imitarlas y según el sabio consejo del filósofo, cuidarán en los tiernos corazones las costumbres, para que del tabernáculo puro surja radiante el carácter.

Con él, jamás descenderán de nuestro altar la paz, la ciencia y el trabajo, y recorreremos así, con la menor fatiga, la senda por la cual



tenemos que seguir subiendo hasta llegar al engrandecimiento y magnificación de la Patria mexicana.

GILBERTO CRESPO Y MARTÍNEZ.









